

"... Es más, el (poner) excesivo énfasis en los momentos creadores del arte, la tendencia a describir la creación estética como una actividad prolongada, ferviente, espontánea, sin un severo laborar y un doloroso esfuerzo, sin un constante dominio de la técnica, es uno de los indicios más seguros del aficionado y del dilettante".

Lewis Mumford. (ARTE Y TECNICA)

ARTE. TECNICA Y ARQUITECTURA.

N I C O L A S F E R R A R O

Antes de examinar los determinantes técnicos del espacio arquitectural, tendríamos que preguntarnos si existe el espacio arquitectural y en qué consiste. Después de un análisis casi exhaustivo de lo que la arquitectura no es, Bruno Zevi, a quien citamos libremente, concluye que un juego de planos, cortes, perspectivas, detalles estructurales, especificaciones y presupuestos sólo son antecedentes sin valor arquitectónico. Si los planos son generosamente evaluados y reconocemos en ellos hermosas fachadas; una combinación adecuada de vanos y llenos; un juego espacial libre y grato de volúmenes; una correcta selección de materiales, estructuras y dimensiones: ¿sería bello el edificio a construirse? Puede serlo, pero también puede ser un adefesio. Los planos son incapaces de darnos la configuración final de los espacios interiores, que constituyen el valor arquitectónico por excelencia. Una maqueta tampoco habla en absoluto acerca del edificio. Tampoco allí se dá, a escala humana, la configuración mencionada.

En efecto, la buena arquitectura es la arquitectura que posee un espacio interior que nos produce una sensación de goce estético. No hay obra arquitectónica sin espacio interior. Según esta definición, los trazados urbanísticos son parte de la arquitectura, en tanto no lo son las fuentes, los monumentos, las agrupaciones de árboles, pues estos elementos de composición carecen de espacio interior. Contribuyen, así como las fachadas, a la arquitectura, en la medida en que son parte integrante de un espacio urbano, pero no son trabajos de arquitectura.

El arquitecto no es el hombre que dibuja planos o compone hermosas fachadas. Es el hombre que organiza - a escala humana - espacios interiores con significado estético.

La tarea del arquitecto aparece así tan cabalmente delimitada que su formación universitaria no debería presentar mayores problemas. Sin embargo la Facultad de Arquitectura en que servimos ha iniciado

un largo análisis, destinado aparentemente a durar muchos meses, sobre lo que un arquitecto debe ser, debe hacer, debe saber. Nuestra Escuela de Arquitectura debe entregar a los jóvenes que a ella ingresan las herramientas necesarias para que puedan con cebir y construir espacios. Bien. ¿Cuáles herramientas?

Una respuesta posible es que el arquitecto nace, no se hace. Trae en sí todo lo que requiere para cumplir sus tareas profesionales. El papel de la enseñanza debería ser puramente mayéutico. Debe revelar al estudiante la sensación del espacio. Debe enseñarle a sentir los materiales, a sentir el equilibrio estático, a sentir texturas, color, dimensiones. Sólo a sentir, porque un artista creador no requiere otra cosa. Porque la creación estética no puede estar sujeta a reglas. Un poeta no estudia métrica, y jamás el estudio de la métrica ha servido a nadie para escribir bellos versos, si carece de inspiración. Nuestra tarea docente sería pues, ay! tan simple. Dejar hacer libremente. Dejar a los jóvenes jugar con los volúmenes y los espacios y los materiales. Un arquitecto es un artista desinfectado de todo contenido intelectual. Por ende ¡fuera las matemáticas de la escuela! ¡Fuera las fórmulas, los detalles constructivos, las teorías de la arquitectura, la estabilidad!

Ante esta posición extrema podría surgir otra que nadie sostiene por lo descabellada. El problema arquitectural sería un problema puramente técnico. No hay un arte de la arquitectura. Hay una técnica arquitectural. Por lo tanto, habría que barrer con las pretensiones estéticas, la teoría del color, el estudio del ritmo o de la Historia del Arte.

A nuestro juicio estas dos posiciones extremas son funestas. Un arquitecto no sólo trabaja con inspiración y espacios abstractos. Tampoco con conceptos matemáticos exclusivamente. Desde que una obra arquitectónica carece de significación si no se construye, es inapreciable en el estado de maqueta o de inspiración, es evidente que la arquitectura tiene vida sólo si se construye: si se levantan paramentos y se tienden cañerías y se abren vanos y se trabajan sillares. Y ello con la elegancia que da una economía de medios y recursos.

El error de ambas posturas extremas radica en el mal uso de la palabra técnica. Si por técnica entendemos un simple proceso de hacer mecánico, técnica y arquitectura son polos opuestos, términos antitéticos. La comprensión de la técnica así entendida no bastaría a un arquitecto. Carece de significación y vuelo. Pero es que hay técnica en la

arquitectura tal como la hay en todo arte y toda ciencia. Hay una técnica musical tal como hay una técnica literaria y una técnica en la arquitectura. La técnica es el conjunto de procedimientos de un arte o una ciencia. Separar el arte de la técnica es como separar al líquido de la botella: ambos se reducen a dos existencias inútiles. La expresión de una concepción estética cualquiera es un problema de técnica, no ya de inspiración. Imaginar un escultor incapaz de utilizar sus manos en modelar arcilla o trabajar la piedra es imaginar un artista incapaz de sobrepasar el límite de la conversación: su inspiración, por elevada que fuese, moriría con él. Del mismo modo moriría con la inspiración no expresada el pintor incapaz de distinguir entre el óleo y la acuarela, incapaz de poner el pincel en un cartón o en un trozo de género, un pintor que USARA LA MISMA TECNICA con el óleo, la témpera, la tinta y el carbón.

Toda realización estética es un problema técnico. Toda concepción estética es obra de la inspiración. Naturalmente, lo segundo no puede enseñarse, pero lo primero es indispensable.

Hay más. El artista, dicen algunos, nace, no se hace. Esta es una verdad a medias, como casi todas las verdades que son lugares comunes. De la nada, decía Parménides hace siglos, sólo puede salir la nada. La inspiración y la fiebre creadoras no nacen solas. No vienen con el artista desde siempre. La inspiración nace de un trabajo continuado, prolongado, casi inhumano del artista. Para llegar al poema genial, al cuento maravilloso, al ensayo científico de alto vuelo hay que vivir para ello, hay que morir para ello cada día, cada hora, cada minuto, durante una vida entera. Hay que tener los ojos y el alma puestos en cada brizna de vida, de cultura, de técnica. Hay que vivir preparándose para que la inspiración aparezca. El genio, decía Edison, es un noventa y nueve por ciento de transpiración y un uno por ciento de inspiración. Pero la inspiración no brota sin el primer noventa y nueve por ciento.

Así, pues, arte, técnica y trabajo están tan indisolublemente ligados entre sí que resultaría artificial e ingenuo separarlos, y una enseñanza basada en esa separación no puede ser sino un fracaso. La formación de un arquitecto requiere de un programa cultural, técnico y artístico lo más amplio posible, más la creación de disciplina mental y hábitos de trabajo fuertemente arraigados.

Por casualidad, y revisando algunas antiguas revistas de arquitectura, me encontré con un artículo que se refiere a la opinión de Walter Gropius respecto a lo que debe ser un arquitecto. Como el viejo maestro es digno de ser escuchado - y por otra parte se han citado sus libros antiguos en apoyo a una tesis diferente de la que planteamos aquí - pienso que su opinión es de interés. Se refiere el artículo a la disposición de la AIA según la cual un arquitecto no debe participar ni directa ni indirectamente en la construcción de edificios. (Párrafo 7, aprobado en Houston en la Convención Nacional de la AIA de 1949). La cita, tomada de la revista FORUM (Mayo de 1952) provoca en Gropius una reacción airada que le induce, incluso a anunciar su renuncia a la institución mencionada.

Para Gropius:

"Una separación completa entre el diseño
"y la construcción de un edificio parece"
"totalmente artificial si se recuerda el"
"proceso de la construcción en los gran-"
"des períodos del pasado". (Pág. 111)

Hay más. Propono preparar a los arquitectos jóvenes para una doble tarea: 1) Unirse a la industria de la edificación y tomar parte activa en la formación y el desarrollo de las partes que componen un edificio y 2) aprender a componer hermosas cosas de estas partes industrializadas. (Pág. 166). Como conclusión final, escribe casi resumiendo la tesis que hemos sostenido a lo largo de estas páginas:

"El trabajo en equipo (con ingenieros y"
"técnicos) dará al arquitecto... otra "
"oportunidad aún de llegar a ser el maes"
"tro que construye... sólo si estamos "
"dispuestos a efectuar los cambios nece-"
"sarios EN ACTITUD Y ENTRENAMIENTO. Ten"
"dríamos que subirnos sobre nuestro mon-"
"tón de ladrillos y preparar a las jóve-"
"nes generaciones con conformidad a los "
"nuevos medios de producción industrial."
"en vez de entrenarlos sobre un platóni-"
"co tablero aislado del mercado y de la "
"construcción" (Pág. 112) (Los subraya
dos son nuestros).

Gropius quiere, y con razón, que el arquitecto no permanezca al margen del proceso industrial. Más

aún, le señala como tarea fundamental aquella que es parte de su propio título: maestro de edificación. Por otra parte la ley da al arquitecto, en Chile, atribuciones para construir y calcular edificios y el Colegio de Arquitectos está resguardando celosamente todas estas atribuciones (Boletín del Colegio, Julio y Agosto de 1958, N°38), más las que la ley taxativamente le atribuye: proyectar, dirigir y fiscalizar la construcción de edificios. (Ley 7.211 Art. 12).

Hay más. Hace algún tiempo y con la participación de figuras señeras, entre otras la de Marta Brunet, se formó en Chile una Liga Contra los Ruidos Molestos, con gran revuelo de la prensa y la radio. ¿Problema arquitectónico el del ruido? Por supuesto que lo es. No hay más que asomarse a las calles de Santiago y habitar sus edificios para darse cuenta que este es un problema de la más alta vigencia, y arquitectónica. Este problema estaba en ese momento - y sigue aún - en estudio en nuestro Instituto. Pero si el arquitecto tiene como preocupación la de crear espacios interiores Y CONSTRUIRLOS, ¿cómo no preocuparse de un espacio por el cual podrían reptar conductores eléctricos, conductos de calefacción, descargas de alcantarillado, cañerías de gas, agua potable, líneas telefónicas? ¿Y si además está limitado por paneles que se humedecen con la lluvia, y contiene baldosas que se sueltan, ventanas que no cierra, ecos? ¿Y si retiene con avidez el calor del verano o deja escapar en invierno todo el calor que se le entrega? Un edificio de esas características indescabables será representativo de una mala arquitectura y el espacio interior será repelente por más que sus fachadas sean misteriosas y acogedoras y sus patios coloniales representativos del más puro pasado nacional.

Un arquitecto tiene que ser un hombre múltiple. Un hombre múltiple bien informado. Culto. No un especialista en todos los temas de la técnica, eso es natural. Entre el especialista y el conocedor hay una gran diferencia, pero entre el conocedor y el ignorante hay una diferencia harto mayor.

Los conceptos claros que se le entreguen deben ser operantes y no meros adornos para una conversación de un día de lluvia. El arquitecto tendrá que proyectar viviendas en la Luna a corto plazo, y ayudará a vencer desiertos y a resolver los nudos gordianos que son hoy nuestras ciudades. Y para ello tiene que conocer la Economía, la Política, la Geología, la Teoría del Calor, la Resistencia de Materiales, y hasta la Astronomía. Debe ubicarse en el espacio-tiempo

que lo rodea; entender las grandes direcciones del pensamiento contemporáneo, la filosofía, las tendencias de la ciencia y de las artes, y su propia tarea.

Para todo ello, como decía Hesíodo, tendrá que añadir trabajo al trabajo. Pero si sólo quiere gentir o vislumbrar, allí donde debería comprender y saber, sus trabajos serán menores y su recompensa también. El que no sea digno de esta tarea, debe quedarse al margen de la gran empresa en que deberíamos estar ya empeñados.

Nicolás Ferraro P.
Prof. Investigador del
Instituto de Edificación
Experimental.--